

## LIBRO CINCUENTA Y OCHO.

Ladmiral.—Tentativa de asesinato en Collot de Herbois.—Cecilia Renault en casa de Robespierre.—Se la pone presa.—Discurso de Robespierre en la Convencion.—Fiesta del Ser Supremo.—Triunfo de Robespierre.—Irritacion de las comisiones.—Proyectos de los filántropos de la Convencion.—Decreto del 22 pradial.—Altercacion de la comision de salud pública.—Robespierre se separa de sus colegas.—Sus apuntes secretos sobre algunos miembros de la Convencion.—Sorda conjuracion

### I.

La esperanza de volver á la justicia y la humanidad, concebida en la sesion que acabamos de relatar, fueron aplazadas por dos circunstancias accidentales, que impidieron á Robespierre poner de manifiesto sus proyectos y moderar el gobierno revolucionario, haciéndole superior á las comisiones. No se atrevia á intentar á la vez las dos empresas, porque una sola bastaria para comprometer su popularidad. Acababa de volverse contra el ateismo y meditaba volverse contra el terror; pero se creia obligado á acudir aun algunos dias á la dominacion de los terroristas, á fin de asegurarse de la fuerza de la opinion necesaria para hacer que cediesen todos sus colegas á su voluntad. Las comisiones estaban

llenas de sus enemigos secretos, y sabia que estaban prontos á abusar contra él del menor síntoma de moderacion y destruirlo por la mano de la Montaña bajo una acusacion de clemencia que habrian hecho aparecer como traicion. Aparentaba delante de Barrere, Billaud-Varennes, Collot de Herbois y Vadier, una inflexibilidad que desafiaba la de estos decemvros; no pudiendo en su pensamiento dominarlos sino con sus propias armas, y para volverse contra ellos era necesario en apariencia dejarlos atrás. De este modo el terror se redoblabo por la voluntad misma de desterrarlo, habiendo un desafio mútuo de sospechas, de proscripcion y crueldad. La sangre corria mas que nunca. Las víctimas odiosamente sacrificadas durante este aplazamiento, acusaban igualmente la barbarie de unos y la disimulacion de los otros. Dejar continuar las proscripciones sanguinarias para prevenir las, siempre es proscibir.

Las comisiones sospechaban estas ideas de moderacion en Robespierre, y se complacian en confundirlas tomando su nombre por égida, y el temor de sus represiones servia de pretexto á sus ejecuciones. Fué uno de los momentos en que aquel hombre debió descender con mas remordimiento y con mas humillacion en su propio corazon, y arrepentirse mas dolorosamente por haber tomado una via de sangre para conducir al pueblo á su regeneracion. Los hombres que habia lanzado lo arrastraban á su vez; él los servia detestándolos.

### II.

Uno de aquellos aventureros que un destino vulgar arrastra en la miseria, y que se creen hombres de importancia por la casualidad de los acontecimientos, acababa de llegar á París con intencion de matar á Robes-

ierre. Se nombraba Ladmiral y era natural de las montañas de Puig de Dome, en que ciertas almas son tan rudas y tan calcinadas como el suelo que las vio nacer. Había pertenecido antes de la revolución á la servidumbre del antiguo ministro Bertin. Despues fué empleado por Dumouriez en Bruselas, en uno de esos empleos precarios que la guerra crea en las provincias conquistadas. Los sucesos de la guerra y de la revolución le habian quitado su empleo. Impacientándose por su caída y por su pobreza, tomando su descontento por una opinion, se indignaba contra los opresores de su patria, deseando morir arrastrando en su muerte alguno de los tiranos célebres cuyo nombre se une al de sus asesinos y los inmortalizan.

Robespierre fué el que primero se ofreció á la idea de Ladmiral. El terror tomaba el nombre de Robespierre llevando la responsabilidad de su tiempo.

Ladmiral se habia alojado por casualidad al llegar á París en la misma casa que habitaba Collot de Herbois. Se proveyó de unas pistolas y un puñal; espíó á Robespierre esperándolo dias enteros en los corredores de la comision de salud pública. La casualidad hizo que no encontrase á su vietima. Cansado de esperarlo creyó que la fatalidad le designaba á otro. Esperó á Collot de Herbois en la escalera de su casa en el momento en que el autor de las proscripciones de Lyon entraba una noche de la sesion de los Jacobinos. Le tiró dos pistoletazos, faltándole el tiro en el primero. La bala que pudo evitar Collot fué á dar á la pared. Collot y su asesino se astieron cuerpo á cuerpo en la oscuridad, lucharon y rodaron la escalera. La detonacion, los gritos, y la lucha prolongada, atraieron á los vecinos, á los que pasaban por la calle y á los soldados de una guardia inmediata. Ladmiral se refugió en su habitacion, en donde se hizo fuerte y amenazó hacer fuego á los que intentasen forzar la puerta. Un cerragero llamado Ge-

ffroy despreció aquellas amenazas. Ladmiral tiró sobre este hombre y le hirió peligrosamente. Cogido y arrojado al suelo por los soldados, el asesino fué conducido á la presencia de Fouquier Tinville. Respondió que habia querido libertar á su pais.

## III.

Al mismo tiempo, una jóven de diez y siete años, de aspecto infantil, se presentó en casa de Robespierre pidiendo obstinadamente hablarle. Traia una cestita en la mano, y su edad, su continente, la candidez de su fisonomia no inspiraban desconfianza á los dueños de la casa. La hicieron entrar en la antesala del diputado en donde esperó mucho tiempo. Por fin, la inmovilidad y la obstinacion de la estrangera, despertaron alguna inquietud en las mugeres, que la intimaron que se retirase. Ella insistió en quedarse. «Un hombre público, respondió, debe recibir á cualquier hora á todos los que tengan necesidad de hablarle.» Llamaron á la guardia, prendieron á la desconocida jóven y registraron su cesta. Encontraron algunos vestidos y dos cuchillos pequeños, armas insuficientes para dar la muerte por una mano de niña. Conducida á la comision revolucionaria de la calle de las Picas, la interrogaron con el aparato y solemnidad de un gran crimen: «¿Por qué habeis ido á casa de Robespierre? la preguntaron.—Para ver, respondió ella, cómo era un tirano.» En esta respuesta afectaron ver la confesion de un complot. Implicaren la prision de la jóven con la tentativa de Ladmiral, esparciendo que estaba armada con un puñal por el gobierno inglés. Se habló de un baile de máscaras tenido en Lóndres, en que una muger vestida como Carlota Corday y blandiendo un puñal, habia dicho: «Busco á Robespierre.» Otros pre-

tendieron que la comision de salud pública habia hecho perecer al amante de esta jóven y que el asesinato era una represalia de amor. Estas quimeras no tenian fundamento. El asesinato no existia sino en la imaginacion de una niña que tomaba un sueño por un pensamiento, y que iba á ver si la presencia de un hombre famoso le inspiraba el odio ó el amor. Reminiscencia de Carlota Corday, vaga en su objeto é inocente como una puerilidad. Aquella jóven se llamaba Cecilia Renault, era hija de un papelero de la ciudad. El nombre de Robespierre, repetido continuamente delante de ella por parientes realistas, le habia sugerido una curiosidad mezclada de horror por el hombre del día. Sus respuestas manifestaban la ingenuidad y el candor del valor. «¿Por qué, le preguntaron, llevábais esos vestidos de muger?—Porque esperaba que me pusiesen presa.—¿Por qué teniais esos dos cuchillos, querias herir á Robespierre?—No; nunca he querido hacer daño á nadie.—¿Por qué queriais ver á Robespierre?—Para asegurarme por mis propios ojos si el hombre se parece á la imágen que yo me habia formado de él.—¿Por qué sois realista?—Porque quiero mas un rey que sesenta tiranos.» La encerraron así como á Ladmiral en un calabozo y todo el artificio de Fouquier Tinville se empleó en trasformar esta niñada en conjuracion y en imaginar cómplices.

## IV.

La noticia de estas dos tentativas de asesinato hizo estallar en la Convencion y en los Jacobinos una explosion de furor contra los realistas, de embriaguez para los diputados y de idolatria para Robespierre. Collot de Herbois se engrandeció á los ojos de sus colegas por el peligro que habia corrido. El puñal parecia que habia se-

ñalado por sí mismo al pueblo la importancia de aquellos dos gefes del gobierno escogiéndolos entre los demas. El asesinato burlado fué en todo tiempo la dichosa fortuna de los ambiciosos; convirtiéndose de este modo en victimas ó en el escudo del pueblo, y que la cuchilla de los enemigos públicos tiene necesidad su corazon para llegar hasta el de la patria. Un puñal habia divinizado á Marat, la pistola de Ladmiral ilustró á Collot de Herbois, y el cuchillo de Cecilia Renault consagró á Robespierre.

La Convencion recibió á Collot de Herbois como el senado envilecido de Roma recibia á los tiranos protegidos por la clemencia de los dioses. Las secciones creyendo ver en todas partes bandas organizadas de *liberticidas*, tributaron acciones de gracias al genio de la república. Algunos propusieron que se diese una guardia á los miembros de la comision de salud pública. El temor de perder la libertad los precipitaba en todos los signos de la servidumbre. El 6, los Jacobinos se reunieron y se congratularon con el abrazo fraternal, como hombres que se encontraban despues de circunstancias desesperadas. Collot, llevado en brazos de la multitud, dió gracias al cielo por haberle conservado una vida que él queria consagrar solamente á su patria. «Los tiranos, exclamó, quieren deshacerse de nosotros por el asesinato; pero no saben que cuando espira un patriota los que le sobreviven juran sobre su cadáver la venganza del crimen y la eternidad de la libertad.»

Legendre quiso rescatar su imprudencia cuando la prision de Danton con mas servilidad. Renovó la mocion de dar una guardia á los miembros del gobierno. Couthon conoció el lazo bajo la adulacion y respondió que los miembros de la comision no querian mas guardia que la providencia divina que velaba por ellos, y que en caso necesario los republicanos sabian morir.

Robespierre compareció el último, subió á la tribuna y trató en vano de hacerse oír en medio del delirio

de entusiasmo y de amor que ahogaba su voz. Lágrimas de enternecimiento arrojaron sus ojos y cortaron sus palabras. En fin, recobró la palabra.

«Soy, dijo en medio de un religioso silencio, uno de los que han sido menos seriamente amenazados. Sin embargo, no puedo dejar de hacer alguna reflexion. Que los defensores de la libertad son objeto de los puñales de la tiranía es necesario esperarlo. Ya os lo dije: si nosotros descubrimos las conjuraciones, si batimos á los enemigos, seremos asesinados. Lo que habia previsto ha sucedido. Los soldados del tirano han mordido el polvo, los traidores han perecido en el cadalso y los puñales se han afilado contra nosotros. Conozco que es mas cómodo asesinarnos que venerar nuestros principios y subyugar á nuestros ejércitos... Me he dicho á mi mismo que cuanto mas incierta es la vida de los defensores del pueblo, mas se deben apresurar á llenar sus últimos dias de acciones útiles á la libertad. ¡Los crímenes de los tiranos y el hierro de los asesinos me han hecho mas libre y mas temible á los enemigos del pueblo!...» A estas palabras en que el vencedor se quiso convertir en mártir y hacerse superior á la muerte por la contemplacion de su gran designio, los corazones estallaron de admiracion y Robespierre se precipitó en los brazos de los Jacobinos. En seguida volvió á la tribuna y combatió con desden la proposicion de Legendre. Aquella mocion le parecia sospechosa de oculta intencion de hacer parecer á los defensores del pueblo á un triunvirato de tiranos. Tanto mas triunfaba Robespierre cuanto mas se humillaba. El delirio del pueblo le tributó en culto todo lo que su idolo rehusaba aceptar en magestad.

## V.

En la sesion de la Convencion del dia siguiente 7 de junio, Barrere exageró los peligros en dos informes en-

fáticos. Atribuyó á los gobiernos estrangeros, y sobre todo á Mr. Pitt, el haber suscitado la demencia de Ladmíral y la puerilidad de Cecilia Renault. La Convencion fingió creer en aquellos complots y cubrir la patria entera envolviendo á Robespierre con su égida y su adhesion. Barrere concluyó por la proposicion de un decreto atroz que mandaba el asesinato de todos los prisioneros ingleses ó hanoverianos que fuesen hechos en lo sucesivo por los ejércitos de la república.

Provocado Robespierre por todas las miradas y por todos los gestos, sucedió á Barrere. «Esto será, dijo á sus colegas, un buen asunto de conversacion á la posteridad, y es un espectáculo digno de la tierra y del cielo ver á la asamblea de los representantes del pueblo francés situados sobre un volcan inestinguible de conspiraciones, con una mano llevar á los pies del Eterno, autor de todas las cosas, los homenajes de un gran pueblo, y con la otra lanzar el rayo sobre los tiranos conjurados en su contra, fundar la primera democracia del mundo y traer entre los mortales la libertad, la justicia y la virtud desterradas.» A este exordio que quitó á la Convencion una cuestion individual para trasportarla á la altura de una cuestion general, los aplausos interrumpieron por mucho tiempo á Robespierre. No veian en él un hombre, sino la personificacion de la patria. «¡Perecerán, volvió á decir con voz inesperada, perecerán los tiranos armados contra el pueblo francés! ¡Perecerán las facciones que se apoyen en las potencias para destruir nuestra libertad! ¡Vosotros no hareis la paz, vosotros la dareis al mundo, y la rehusareis al crimen! Sin duda que ellos no son tan insensatos para creer que la muerte de algunos representantes podria asegurar su triunfo. Si ellos han creido que haciéndonos bajar al sepulcro el genio de los Brissot, de los Hebert y de los Danton iba á salir triunfante para entregarnos por cuarta vez á la discordia, se engañan.»

A este insulto á la memoria de Danton, un movimien-

to de descontento se notó por alguna agitacion en la Montaña. Robespierre se apercibió y se detuvo. «¡Cuando bayamos caído sobre sus cuerpos, continuó con un acento de indiferencia que parecia elevarlo por cima de él mismo, querreis acabar vuestra sublime empresa ó participad de nuestra suerte! ¡Si, (entonces suspendiendo el aplauso que estalló, con la energia de su voz y de su accion) sino hay uno de vosotros que no quiera venir sobre nuestros sangrientos cuerpos á jurar esterminar á los últimos enemigos del pueblo!»

Todos los representantes se levantaron por un movimiento unánime haciendo la accion de jurar.

«¡Esperaban, continuó, quitar el alimento al pueblo francés! El pueblo francés vive todavía, y la naturaleza fiel á la libertad le promete la abundancia. ¿Qué les queda que hacer? ¡El asesinato! ¡Esperaban esterminar los unos por los otros y por revueltas pagadas! Este proyecto ha abortado. ¿Qué les queda? ¡El asesinato! ¡Han creído postrarnos bajo el esfuerzo de su liga armada, y sobre todo por la traicion! Los traidores tiemblan ó perecen, sus cañones caen en nuestro poder y sus satélites huyen delante de nosotros. ¿Qué les queda? ¡El asesinato! ¡Han buscado disolver la Convencion por la corrupcion! ¡La Convencion ha castigado á sus cómplices, pero les queda el asesinato! ¡Han tratado de depravar á la república y estinguir entre nosotros los sentimientos generosos de que se compone el amor á la patria y de la libertad destruyendo de la república el buen sentido, la virtud y la divinidad! ¡Hemos proclamado la divinidad y la inmortalidad del alma, hemos mandado la virtud en nombre de la república, pero á ellos les queda el asesinato!»

«¡Alegrémonos, pues, y demos gracias al cielo, pues que hemos sido dignos del puñal de la tiranía!»

La sala se conmovió por las exclamaciones que levantó aquella esplosion de magnanimidad antigua.

«¡Hay, pues, para nosotros gloriosos peligros que ar-

rostrar! (prosiguió.) La ciudad ofrece tantos como el campo de batalla. Nada tenemos que envidiar á nuestros valientes compañeros de armas. ¡Pagamos de mil maneras nuestra deuda con la patria! ¡Oh reyes! ¡No somos nosotros los que nos quejamos del género de guerra que nos haceis! Cuando las potencias de la tierra se ligan para matar á un débil individuo, sin duda no debe obstinarse en vivir. Así es que no ha entrado en nuestros cálculos la ventaja de vivir mucho tiempo. No ha sido para vivir por lo que se declara la guerra á todos los tiranos y á todos los vicios. ¿Qué hombre ha defendido impunemente sobre la tierra á la humanidad?... ¡Rodeado de sus asesinos, continuó Robespierre con voz mas solemne, me he situado en el nuevo orden de cosas á donde me quieren enviar! ¡No aprecio esta vida pasajera sino por amor de la patria y por la sed de justicia, y desprendido mas que nunca de toda consideracion personal me siento mejor dispuesto á atacar con energia á todos los malvados que conspiran contra el género humano! Cuanto mas se apresuren á terminar mi carrera aqui abajo, tanto mas quiero apresurarme á llenarla de acciones útiles á la dicha de mis semejantes. ¡Al menos les dejaré un testamento cuya lectura hará temblar á los tiranos y á todos sus cómplices.»

A este apóstrofe que parecia situar la tribuna al otro lado del sepulcro, la Convencion respondió por una prolongada aclamacion.

Robespierre abandonando entonces su persona, dió como si estuviese ya en la otra vida, algunos consejos supremos á la república. «Lo que constituye la república, dijo, no es ni la victoria, ni la fortuna, ni la conquista, ni el entusiasmo pasajero; es la sabiduria de las leyes, y sobre todo la virtud pública. ¿Quereis saber cuáles son los ambiciosos? añadió aludiendo ocultamente pero dejándolo conocer, á sus enemigos de las comisiones, examinad cuáles son los que protegen á los picaros y corrompen la moral pública. ¡Hacer la guerra al crimen es el

camino del sepulcro y de la inmortalidad! Favorecer el crimen es el camino del trono y del cadalso. (Aplausos.) ¡Algunos seres perversos han conseguido sumir la república y la razón del pueblo en el caos. Se trata de volver á crear la armonía del mundo moral y del mundo político.»

Esta definición de la revolución fué acogida en todos los bancos por un asentimiento unánime.

«Si la Francia se hubiera gobernado durante algunos meses por una legislación estraviada ó corrompida, la libertad se habría perdido.»

Esta insinuación clara de la necesidad de una magistratura suprema para regularizar la Convención, atrajo á Robespierre las miradas irritadas de sus enemigos. El los despreció.

«Diciendo estas cosas, repuso con orgullosa abnegación, aguzo en contra mía puñales, y por esto las digo. ¡He vivido bastante! He visto al pueblo francés lanzarse del seno de la corrupción y de la servidumbre á la senda de la gloria y de la virtud republicana. ¡He visto sus cadenas rotas y los tronos culpables que pesan sobre la tierra destruidos ó quebrantados bajo sus triunfantes manos! ¡He visto mas, he visto una asamblea, investida de todo el poder de la nación francesa, marchar con paso rápido y firme hácia la felicidad pública, dar el ejemplo de todo el valor y de todas las virtudes! ¡Acabad ciudadanos! ¡Acabad vuestro sublime destino! Vosotros nos habeis situado en la vanguardia para sostener el primer esfuerzo de los enemigos de la humanidad. ¡Merecemos este honor y os trazaremos con nuestra sangre la senda de la inmortalidad!»

## VI.

Semejantes palabras tal vez no habian resonado en ninguna asamblea deliberante. Era la política elevada á

la altura del tipo religioso del filósofo, el heroísmo en la elocuencia y la muerte en el apostolado.

La Convención dispuso que aquel discurso se imprimiese en todas las lenguas, para que preparase á los espíritus á la solemnidad del día siguiente. El ridículo que todo lo aja Francia, se vió obligado á aparentar el entusiasmo ante doctrinas que se atrevían á despreciar la muerte y aletigar á Dios.

Robespierre esperaba aquel día con la impaciencia de un hombre que concibe un gran designio y que teme que la muerte no se lo impida antes de haberlo cumplido.

De todas las misiones que creía sentir en él, la mas alta y la mas santa á sus ojos, era la regeneración del sentimiento religioso en el pueblo. Unir el cielo á la tierra por el lazo de una fé y de un culto racional que habia roto la república, era para él el complemento de la revolución. Desde el día en que la razón y la libertad se reuniesen á Dios en la conciencia, él las creía inmortales como Dios mismo. Consentía en morir despues de aquel día; la alegría exterior por ver completa su obra, traspiraba en sus facciones desde que dió su informe á la Convención. En su exterior se conocía el resplandor de sus ideas. Sus huéspedes y sus confidentes se admiraban por la serenidad que nunca manifestaba. Se eslastaba al aspecto de la naturaleza que se rejuvenecía en la primavera adornándose de flores como para el glorioso himeneo que él quería hacerla contraer con su autor. Divagaba con sus amigos en las arboledas del jardín de Mousseau. Su corazón rebotaba de esperanza; hablaba siempre del 8 de junio, compadeciéndose de las víctimas que no viesen aquel hermoso día. Aspiraba decia á cerrar la era de los suplicios por la era de la fraternidad y de la clemencia. Iba con Villate y el pintor David á examinar los preparativos, queriendo que aquella ceremonia hiriese el alma del pueblo por los ojos y que espresase las imágenes magestuosas y dulces como aquella potencia suprema

que no se manifiesta sino por sus beneficios. «Por qué, decía el día anterior á Souberbeille, es necesario que haya aun cadalsos en pie sobre la superficie de la Francia? ¡Solo la vida debería aparecer mañana delante del origen de toda vida!» Exigió que se suspendiesen los suplicios el día de la ceremonia.

## VII.

La Convencion habia nombrado por escepcion presidente á Robespierre, para que el autor del decreto fuese al mismo tiempo el actor principal. Desde el principio del día fué á las Tullerías para esperar allí la reunion de sus colegas y para dar las últimas órdenes á los que dirigian la pompa religiosa. Vestia por la primera vez de su vida al traje de representante comisionado. Una casaca azul mas claro que la de los miembros de la Convencion, un chaleco blanco, calzon de piel de gamo, botas de campana y sombrero redondo con un ramo de plumas tricolores atraian sobre él las miradas. En la mano llevaba un enorme ramillete de flores y espigas como primicias del año. En su transporte se habia olvidado hasta de la condicion de la humanidad. La Convencion estaba ya reunida en la sala de las sesiones y la comitiva iba ya á salir, y él aun no habia tomado ningun alimento. Villate que habitaba en las Tullerías, le ofreció que entrase en su habitacion y que se sentase en su mesa para desayunarse. Robespierre lo aceptó.

El cielo estaba con una pureza oriental. El sol brillaba en los árboles de las Tullerías y en las bóvedas y paredes de los monumentos de París con tanta claridad y tanto esplendor como en los templos del Atica. La luz de la primavera daba la serenidad griega á las teorías de París.

Al entrar en casa de Villate, Robespierre arrojó el sombrero y el ramillete á una silla, y se asomó á una ventana, pareciendo estasiado del espectáculo de la muchedumbre innumerable que se apiñaba en los parterres y en las alamedas del jardin para asistir á aquellos misterios, presagio en lo desconocido. Las mugeres, vestidas con sus mejores galas, llevaban á sus hijos de la mano. Los semblantes radiaban de alegría. «Ved, dijo Robespierre, la mas tierna parte de la humanidad: el univerro está aqui reunido por sus testigos. ¡Qué elocuente y magestuosa es la naturaleza! ¡Una fiesta como esta debe hacer temblar á los tiranos y á los malvados!»

Comió poco y no dijo mas que estas palabras. Al fin de la mesa, y en el momento en que se iba á levantar para ir á situarse á la cabeza de la comitiva, una jóven de la familia de Villate, entró acompañada de un niño pequeño. El nombre de Robespierre intimidó desde luego á la jóven. Robespierre acarició al niño, y la madre tranquilizada jugueteó alrededor de la mesa y se apoderó del ramillete del presidente de la Convencion. Robespierre se olvidó involuntariamente ó de intento en casa de Villate. Sus colegas hacia mucho tiempo que estaban reunidos y murmuraban por su tardanza, y pareció que se gozaba en hacerlos esperar, esta señal de inferioridad. Por fin compareció.

## VIII.

Un inmenso anfiteatro, semejante á la gradería de un circo antiguo estaba á la inmediacion de las Tullerías. Aquel circo descendia de grada en grada hasta el parterre. La Convencion entró á pié llano por las ventanas del pabellon del centro como los Césares en sus coliseos. En el centro de aquel anfiteatro estaba reservada una

tribuna mas elevada que las gradas, y casi semejante á un trono, para Robespierre. En frente de su asiento un grupo colosal de figuras emblemáticas, única poesia de aquel tiempo imitador, representaba el Ateísmo, el Egoísmo, la Nada, los Crímenes y los Vicios. Estas figuras, construidas por David con materias combustibles, estaban destinadas á ser incendiadas como víctimas del sacrificio. Todos los diputados vestidos uniformemente con casacas azules con vueltas rojas y llevando en la mano un ramillete simbólico, tomaron asiento lentamente en las gradas. Robespierre apareció. Su aislamiento, su elevacion, su penacho y su ramillete mas voluminoso que los demas, le daban el aspecto de un señor. El pueblo que dominaba con su nombre, como su trono dominaba á la Convencion, creia que se iba á proclamar su dictadura. Algunos aclamaciones imperiales le saludaron solo y sombrearon las frentes de sus colegas. La multitud esperaba su palabra, los unos esperaban una amnistia, otros la organizacion de un poder fuerte y clemente. Suspendido el tribunal revolucionario, y demolido el cadalso por un dia, dejaban vagar las imaginaciones en una consoladora perspectiva. Jamás un pueblo pareció mejor dispuesto á recibir un salvador y leyes humanas.

## IX.

«Franceses, republicanos, dijo Robespierre con voz que se esforzaba hacer oír del inmenso auditorio; en fin ha llegado este dia para siempre feliz en que el pueblo francés lo consagra al Ser Supremo. Jamás el mundo que él ha creado ha ofrecido á su autor un espectáculo tan digno de sus miradas. Ha visto reinar sobre la tierra la tiranía, el crimen y la impostura. El vé en este momento á una nacion entera en guerra con todos los opresores

del género humano, suspender el curso de sus heroicos trabajos para elevar su pensamiento y sus votos hácia el gran Ser que le dá la mision de emprenderlos y la fuerza para ejecutarlos... No ha creado á los reyes para que devoren á la especie humana, no ha creado á los sacerdotes para que nos unzan como viles animales al carro de los reyes ó para dar al mundo el ejemplo de la bajeza, del orgullo, de la perfidia, de la avaricia, de la relajacion y de la mentira; ha creado á los hombres para que se amen mutuamente, y para alcanzar la felicidad por la senda de la virtud. El ha puesto en el seno del opresor triunfante los remordimientos, y en el corazon del inocente oprimido la calma y la altivez. El es quien obligó al hombre justo á odiar al malvado. El el que adorna con el pudor la frente de la hermosura para hacerla mas bella. El el que hace palpitar las entrañas maternas de ternura y de alegría. El el que baña de deliciosas lágrimas los ojos del hijo que abraza el seno de su madre. El el que acalla las pasiones mas imperiosas y mas tiernas ante el sublime amor de la patria. El el que ha cubierto la naturaleza de encantos, de riquezas y de magestad. Todo lo que es bueno es su obra; el mal pertenece al hombre depravado que oprime y que deja oprimir á sus semejantes. El autor de la naturaleza ha ligado á los mortales en una inmensa cadena de amor y fraternidad; perezcan los tiranos que se han atrevido á romperla. Ser de seres, nosotros no tenemos injustas súplicas que dirigirte; tú conoces las criaturas salidas de tus manos, sus necesidades no se ocultan á tus miradas como sus mas secretos pensamientos. El odio de la hipocresia y de la tiranía arde en nuestros corazones con el amor de la justicia y de la patria. Nuestra sangre se vierte por la causa de la humanidad. He aqui nuestra súplica; he aqui nuestros sacrificios; he aqui el culto que te ofrecemos.

El pueblo aplaudió mas al acto que á las palabras; los coros de música elavaron con el sonido de millares



de instrumentos las estrofas siguientes de Chenier hasta el cielo.

## LOS ANCIANOS Y LOS ADOLESCENTES.

*Señor poderoso de un pueblo intrépido,  
tú eres quien defiende las murallas;  
la victoria con rápido vuelo  
ha seguido á nuestros estandartes.  
Los Alpes y los Pirineos  
han visto caer el orgullo de los reyes;  
nuestros campos del Norte  
son el sepulcro de sus conestnadas falanges,*

## CORO.

*Antes de envainar nuestros triunfantes aceros,  
juremos acabar con el crimen y con los tiranos.*

## LAS MUGERES.

*¡Autor de la fecundidad!  
oye á las vírgenes y á las madres:  
nuestros esposos y nuestros hermanos  
combaten por la libertad,  
si una mano criminal  
cortase tan bellos días,  
sus hijos irán á vengar sobre sus sepulcros  
las cenizas paternas.*

## CORO.

*Antes etc.*

## HOMBRES Y MUGERES.

*Guerreros, ofreced vuestro valor;  
jóvenes, ofreced flores;  
madres, ancianos, ofreced en homenaje  
vuestros hijos vencedores.  
Benedicid en este día de gloria  
el hierro consagrado por sus manos;  
sobre este hierro vengador  
ha grabado el Eterno la victoria.*

## CORO.

*Antes etc.*

Robespierre en seguida bajó del anfiteatro y fué á dar fuego al grupo del Ateísmo. Las llamas y el humo se esparcieron en los aires á las aclamaciones de la multitud. Los miembros de la Convencion, siguiendo á su jefe con un grande intervalo, se dirigieron en dos columnas por medio de las oleadas del pueblo hácia los Campos Eliseos. Entre las dos columnas de la Convencion iban algunos carros rústicos, arados tirados por bueyes, y otros símbolos de la agricultura, de artes y de oficios. Una fila doble de jóvenes vestidas de blanco, enlazadas unas á otras con cintas tricolores, formaban la única guardia de la Convencion. Robespierre iba solo delante y se volvía con frecuencia para medir el intervalo que habia entre él y sus colegas, como para acostumbrar al pueblo á separarse de ellos por respeto como él se separaba por la distancia. Todas las miradas se dirigieron á él. Llevaba en la frente el orgullo, y en sus labios la sonrisa del poder.

## X.

Una montaña simbólica se elevaba en el centro de los Campos Eliseos, en lugar del antiguo altar de la patria. El acceso era estrecho y dificultoso. Robespierre, Couthon que llevaban en una silla, Saint Just y Lebas se situaron solos en la cima: el resto de la Convencion se esparció confusamente en la falda de la montaña, y pareció humillada de estar dominada á la vista de la multitud por aquel grupo de trecenviros. Robespierre proclamó desde allí al estruendo de las salvas de artillería la profesion de fé del pueblo francés.

El pueblo estaba ébrio, la Convencion melancólica. La presidencia magestuosa de Robespierre; el entusias-

mo exclusivo del pueblo por su representante; el lugar subalterno que el presidente había designado á sus colegas en la montaña, la distancia dictatorial que guardaba en la marcha; el afán de la multitud hácia las ideas religiosas desde donde aquel pueblo ligero podía naturalmente deleitarse en las supersticiones antiguas; el mismo nombre de Robespierre que se asociaba á la proclamación del Ser Supremo, consagrándose así en el espíritu de la nación por la divinidad del dogma que restituía á la república; en fin, la misma idea de aquella restauración de la inmortalidad que repugnaba á aquellos aficionados á la nada, y por cima de todo el poderoso ascendiente de un hombre que plantaba su popularidad en el instinto fundamental de la especie humana, y que se apoderaba de la conciencia de la nación como pontífice para apoderarse tal vez al siguiente día como César; todas estas ideas, todos estos deseos, todos estos temores, todas estas ambiciones, murmurados al principio sordamente de oído en oído, concluyeron por una murmuración inmensa y un descontento manifiesto. Miradas amenazadoras, acciones sospechosas, palabras equívocas, máximas de doble sentido hirieron los ojos y oídos de Robespierre á su vuelta desde los Campos Eliseos á las Tullerías. «Desde el Capitolio á la roca Tarpeya no hay mas que un paso», le gritaba uno. «Aun hay *Brutos*» balbuceaba otro. «Ves ese hombre, decía un tercero, ya se cree Dios y quiere acostumar á la república á que adore alguno para hacerse adorar despues.— Ha inventado un Dios porque es el tirano supremo» añadía otro. «Quiere ser su sacrificador. También podrá ser su víctima!»

Aquellas conversaciones en voz baja, y aquellos sordos apóstrofes persiguieron á Robespierre hasta la Convención. Fouché, Tallien, Barrere, Collot de Herbois, Leconte, Leonardo Bourdon, Billaud Varenas, Vadier y Amar aprovecharon aquella oposición naciente para

agitar sus resentimientos y convertirla en sublevación. Lloraban por la tiranía próxima de un hombre que disfrazaba tan poco la insolencia con la Convención, que li-songeaba las preocupaciones mas inveteradas del pueblo; que ponía la revolución de rodillas, y que se situaba entre la nación y Dios para situarse mejor entre la Convención y el pueblo. Sus palabras entraban como dardos envenenados en todas las almas. Robespierre acababa de perder su prestigio y despojarse de su popularidad sobre el mismo altar en donde había restituido el Ser Supremo. Aquel día lo engrandeció en el pueblo y lo arruinó en la Convención. Tuvo el presentimiento de los odios que acababa de evocar contra si mismo, y entró pensativo en su morada. Todo el día fué acosado por felicitaciones anónimas. Veían en él el restaurador de la justicia, en él el restaurador de la verdad. Las aclamaciones prolongadas debajo de sus ventanas, le daban gracias por haber devuelto un alma al pueblo y un Dios á la república. Muchos de aquellos billetes no contenían mas que esta palabra: «*Atreveos!*»

En efecto, aquel era para Robespierre el momento de atreverse. Si á la vuelta de la ceremonia de la montaña hubiese provocado por algunas insinuaciones secretas la explosión del amor del pueblo que no pedía otra cosa sino que estallase; si las diputaciones de algunas secciones, arrastrando tras si la multitud flotante, hubiesen venido á la Convención, el establecimiento de un poder unitario y regulador en la persona de su favorito, la dictadura ó la presidencia se habría votado por aclamación en Robespierre; si él hubiese tenido la audacia de proclamar concluido el poder revolucionario, el poder popular empezado y abolidos los suplicios, habría reinado desde el siguiente día, arrojado sobre sus enemigos la sangre vertida, usurpado la popularidad de la clemencia y salvado la república que iba á perder por su indecisión. Nada hizo. Se dejó acariciar por aque-

llos soplos vagos de favor público y no asieron sus manos mas que viento.

## XI.

Saint-Just queria mas. Viendo que no podia decidir á Robespierre á que tomase el mando supremo de manos del pueblo, resolvió hacerlo decretar por la comision de salud pública. Saint-Just tenia presente á César haciéndose ofrecer la corona, estaba dispuesto á negar á Antonio si el Circo murmuraba, y pronto á ceñirla si el pueblo aplaudia.

Saint-Just, en ausencia de Robespierre, manifestó en una sesion secreta un cuadro desesperado del estado de la república. «El mal está en su colmo, dijo el jóven representante, la anarquía nos despedaza, las leyes con que inundamos á la Francia no son sino armas de muerte que aguzamos entre las manos de todos las facciones. Cada representante del pueblo en los ejércitos ó en los departamentos, es un rey en su provincia; reinan, y nosotros aqui no somos sino vanos simulacros de la unidad. La sangre rebosa, el oro se oculta, las fronteras están descubiertas, la guerra se hace sin método, y nuestras mismas victorias no son mas que gloriosas casualidades que nos honran sin salvarnos. En el interior nos matamos entre nosotros mismos: cada faccion devorándose devora á la patria. ¿Podemos dejar así flotar de este modo de mano en mano la república sin que caiga al fin en horror del pueblo y en desprecio de los reyes? ¿Tantas convulsiones, no deben conducir al desfallecimiento ó á la fuerza? ¿Queremos vivir ó queremos morir? La república vivirá ó morirá con nosotros! No hay mas que un remedio para todos, que es la concentracion de un poder incoherente, disperso y destrozado por tantas manos

como facciones ó ambiciones hay entre nosotros! Esta es la unidad del gobierno personificado en un hombre.

«¿Pero quién será, me direis, ese hombre tan elevado por cima de las debilidades y de las sospechas de la humanidad, para que la república se incorpore en él? Lo confieso; el papel es sobrehumano, la mision terrible y el peligro inminente, si nos engañamos en la eleccion. Es necesario que este hombre tenga el genio de la época en su cabeza, las virtudes de la república en sus costumbres, la inflexibilidad de la patria en su corazon, la pureza de los principios en su vida, y la incorruptibilidad de nuestros dogmas en su alma: es necesario que haya nacido para la vida pública el mismo dia que la revolucion; que haya seguido paso á paso todas sus fases, engrandeciéndose siempre en patriotismo y en virtud. Es menester que tenga un hábito consumado de los hombres y las cosas que se agitan hace cinco años en la escena: es necesario, en fin, que haya conquistado una popularidad soberana, que haga decretar antes que nosotros por la voz pública la dictadura que nosotros no haremos mas que señalar sobre su frente. En el retrato de semejante hombre, ninguno de vosotros dejará de nombrar [Robespierre! Solo él reune por el genio, por las circunstancias y por la virtud, las condiciones que pueden legitimar la absoluta confianza de la Convencion y del pueblo! Reconozcamos nuestro remedio en él, sometámonos á la necesidad visible de él, nuestro amor propio, nuestros deseos y nuestras repugnancias. No he sido yo el que he nombrado á Robespierre, ha sido su virtud. ¿No somos nosotros los que nombramos un dictador es laprovidencia de la república!»

Tal fué el sentido de las palabras de Saint-Just.

A estas palabras todos los semblantes se contrajeron, nadie se atrevió á poner en discusion el genio ó la virtud de Robespierre. Todos apartaron respetuosamente la idea de Saint-Just, como un sueño de la fiebre del patriotismo,

que turba la razon mas firme y que hace buscar la salud en el suicidio. «Robespierre es grande y sábio, esclamaban, pero la república es mas grande y mas sábia que un hombre. La dictadura seria la señal del desaliento; ningun hombre la conseguirá en tanto que respiren los republicanos.» Saint-Just quiso en vano insistir; Lebas en vano quiso explicar el pensamiento de su colega; las comisiones se separaron inquietas, irritadas, pero advertidas; la imprudencia de Saint-Just se imputó por crimen á Robespierre. «No se pide el poder supremo, dijo Billaud á sus amigos; lo toman, que se apodere si se atreve.» Desde aquel día las comisiones alimentaban contra Robespierre sospechas que estallaban muchas veces en murmuraciones y violencias en el misterio de sus consejos.

## XII.

Sin embargo, al siguiente día de la fiesta del Ser Supremo, la Convencion, impulsada por Robespierre y sus amigos, empezó á dictar una porcion de decretos concebidos en el verdadero espíritu de la revolucion. La Convencion que se habia calmado por un momento parecia querer señalar por algunas leyes benéficas la inspiración de fraternidad que habia atraído de las ideas filosóficas sobre la república. Sus leyes, durante algunos días, participaban de la emocion como el corazón humano. Las presentamos reunidas para que á la vista se conozca mejor su tendencia. No pudiendo establecer violentamente la igualdad democrática por la destruccion y la nivelacion de la propiedad, propendia á crearla por medio de la caridad política, haciendo del Estado lo que debia ser; la Providencia visible del pueblo. Tomó prestado de lo supérfluo de la riqueza, lo que le faltaba

en los impuestos y subsidios para socorrer, alimentar ó instruir á la indigencia. Realizó en fraternidad práctica la fraternidad teorica de su principio, haciendo una sola familia de la nacion. Creó la escuela de Marte, una institucion á la vez democrática y militar, en donde el ejército debia á la vez reclutar sus oficiales entre todos los hijos de la nacion. Declaró que la mendicidad era una acusacion contra el egoismo de la propiedad y contra la imprevision del Estado. Honró al trabajo en sus decretos, recogió á la niñez, educó á la juventud y alimentó á la vejez. Curó á los enfermos á costa del tesoro; abolió la miseria y distribuyó las propiedades nacionales en lotes proporcionados á los pequeños capitales para impulsar á la propiedad á la cultura del suelo. Clasificó la poblacion, declaró sagrados á los desgraciados, abrió asilos para las mugeres embarazadas, señalando socorros á las que criaban á sus hijos, subsidios á las familias numerosas que el trabajo del padre no alcanzaba á alimentar. Regularizó el impuesto de los pobres haciéndolo un deber de la propiedad. Se esforzó en crear el único comunismo verdadero y compatible con la propiedad, que es el instinto vital de la familia, sacando por medio del impuesto lo supérfluo del rico propietario, para distribuirlo en grandes salarios á los proletarios por mano del Estado. Creó talleres para los trabajadores á quienes faltase trabajo. Sustituyó á los hospitales verdaderas casernas de moribundos, visitas de médicos y entrega gratuita de medicamentos á domicilio para no contristar el espíritu de la familia y amor al hogar propio. Adoptó á los niños huérfanos, señaló pensiones y honores á las esposas, á las madres y á las hijas de los defensores de la patria muertos ó heridos en defensa de la nacion; ordenó roturaciones de los terrenos incultos, favoreciendo á los habitantes del campo á espensas de las poblaciones repletas de ociosidad, de lujo y de vicios, que queria reprimir. Animó las artes y ciencias útiles. Abrió el gran

libro de la beneficencia nacional, creando inscripciones productivas de rentas para distribuir entre los labradores imposibilitados. Cambió la beneficencia en deber y la caridad en institución.

Leyendo todos estos decretos el pueblo empezaba á creer que había conquistado con su sangre los principios democráticos, y que la filosofía, que por mucho tiempo había eclipsado la lucha revolucionaria, iba á dimanar de la victoria y trasformarse en gobierno. Solo el cadalso contrastaba con aquellas aspiraciones.

## XIII.

Robespierre manifestaba siempre en secreto, el deseo de abolirlo, pero no podía, según decía, abolir el terror sino por un terror más grande. Instruido por las murmuraciones que habían estallado en torno de él en la festividad del Ser Supremo y por las confidencias de Saint-Just y de Lebas, del odio de las comisiones contra él, resolvió, en fin, aturdir á sus rivales por la audacia y adelantarse á ellos por la prontitud. El 22 pradiar, dos días después de la ceremonia del Ser Supremo, propuso inopinadamente á la Convención, de concierto con Couthon, un proyecto de decreto para la reorganización del tribunal revolucionario. Aquel proyecto dracónico no había sido comunicado sino en parte á las comisiones. Era el código de la arbitrariedad sancionado en cada disposición por la muerte y ejecutado por el verdugo.

En la categoría de los enemigos del pueblo, se comprendían á todos los ciudadanos, fuesen ó no miembros de la Convención que una sospecha pudiese alcanzar. No había inocencia en la nación ni inviolabilidad en los miembros del gobierno. Aquello era la omnipotencia de

los juicios y de las penalidades, y la dictadura, no de un hombre, sino del cadalso.

Ruamps, después de haber oído el proyecto de decreto exclamó: «¡Si este proyecto pasa sin aplazarse, me levanto la tapa de los sesos!» Barrere, que semejante audacia en la proposición del decreto del 22 pradiar había convencido de la fuerza de Robespierre, defendía la necesidad. Bourdon del Oise se atrevió á contestar. Robespierre insistió en que se discutiese en sesión permanente. «Desde que nos hemos desembarazado de las facciones, dijo con un movimiento de cabeza que indicaba el sitio que ocupaba Danton, votamos en el acto; estas peticiones de aplazamiento son fingidas en este momento.»

El aturdimiento hizo votar el decreto, pero la noche persuadió á la Convención que había votado su propia perdición. Algunos conciliábulos se tuvieron entre los principales adversarios de Robespierre; estos conciliábulos se tuvieron en casa de Courtois, diputado moderado que aborrecía á Robespierre por los recuerdos que conservaba de Danton, su compatriota y amigo.

A la apertura de la sesión del siguiente día, Bourdon del Oise se atrevió á subir á la tribuna; pidió que la Convención se explicase sobre lo que había entendido hacer el día antes y que se reservase solo á sí misma el derecho de acusar á sus miembros; Merlin apoyó á Bourdon del Oise. Se adoptó una explicación del decreto que desarmaba á Robespierre y á las comisiones.

En la sesión siguiente, Delbrel y Mallarmé pidieron otras explicaciones que enervaban más el decreto. El cobarde Legendre se apresuró á rechazar aquellas atenuaciones para complacer á los que él no se perdonaba haber inquietado. Couthon defendió enérgicamente su obra. Lisongé á la Convención, tranquilizó á las comisiones y atacó á Bourdon del Oise. «¿Qué más hubieran dicho Pitt y Coburgo?» exclamó. «Bourdon del Oise se escusó con or-